

fundándose en que la gracia recibida durante la vida mortal no puede igualarse en intensidad a la gracia final o de los bienaventurados; pero, aparte de que este principio es falso, dice Juárez, se deduciría que ni la gracia que recibiera la Stma. Virgen al concebir al Verbo pudo ser mayor que la de los ángeles confirmados en gracia y almas bienaventuradas, lo cual es contra el unánime sentir de los teólogos, entre los cuales muchos llegan a defender que entonces la Stma. Virgen recibió tal plenitud de gracia que no era susceptible de aumento.

En el empeño, sin duda, exagerado de sostener su opinión, dicen los teólogos aludidos que, los partidarios de que la Santísima Virgen recibiera, desde el primer momento de su concepción, mayor gracia que todos los santos en el término de su santificación, lejos de tributarla una alabanza y de reconocer en Ella una excelencia singular, la ofenden y hasta trabajan por su menor honor; porque es mucho más meritorio para María, y, por consiguiente, más digno y honroso, haber recibido en el principio más gracia que en la primer gracia que recibieran los ángeles y santos; pero no mayor y más intensa que la que tuvieron al ser confirmados en el bien y elevarse en santidad sobre todos ellos, con las alas, no de dones gratuitos, sino de cooperación y de esfuerzo personal.

Pero si esta razón tuviera fuerza alguna se probaría con ella lo que los indicados teólogos no intentan indicar siquiera, a saber: que más digno y honroso sería para la Stma. Virgen haber recibido menos gracia inicial que criatura alguna y así con poca ayuda divina y con gran trabajo y esfuerzo propio remontarse a las cumbres de la santidad. De seguro que tales teólogos se asustarán de oír semejante afirmación, porque contradice el dogma de la purísima concepción de María, pero tal es la lógica consecuencia de la doctrina sustentada por ellos, aunque reconocen que la bula *Ineffabilis* la hiere mortalmente.

Es cierto que María al ser concebida todavía no era Madre del Verbo. Pero es providencia ordinaria de Dios no hacer las cosas, ni realizar los acontecimientos, ni presentar las personas que han de contribuir al desenvolvimiento de sus planes, y mucho menos de sus planes divinos por antonomasia, de una manera violenta. Todo lo prepara con suavidad para que todo se